AÑO XXVII. — Nº 1306.

EL DIA

MONTEVIDEO, 26 DE ENERO DE 1958.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



RESERVISTAS NAVALES

(Fotografía Juan Caruso)

Grupo de jóvenes voluntarios, reservistas navales, que a bordo de la Corbeta R.O.U. "Montevideo", realizaron maniobras por nuestras costas, bajo la dirección del Centro de Instrucción de la Marina.



ARBOLEYA

DIBUJO DE SIFREDI

No es aventurado suponer que este cuento de Morosoli sea lo último que salió de la pluma privilegiada del gran escritor nacional, intérprete de los sufridos personajes, "vivientes" los llamaba, que formaban su mundo circundante, a los que recreaba con amor fraternal de solidaria ternura para sus resignadas vidas opacas. Llegado a nuestras manos dos o tres días antes de su muerte inesperada, y nunca lo bastante sentida, significa la última pagina que cierra la larga serie de sus publicaciones en nuestro Suplemento, ilustradas por Sifredi, que tan felizmente lo ha estado interpretando y que han constituído uno de los galardones de que se siente orgulloso nuestro semanario.

CUANDO viene el carro de Arboleya hay que ponerse contra el viento...

—Mismo. Sentís el olor antes de verlo...

Era así. Cierto que él no era "muy cuidadoso de su persona", pero hay que comprender que ni él ni el carro podían oler bien. "Le pertenecía" al oficio oler mal. El carro estaba toldado con bolsones de lana viejos, medio quemados de remedio de curar ovejas. La grasa lo había como encerado. Y en él ponía todo lo que compraba, que eran los deshechos de las estancias. Cueros de epidemia, tajeados o mal curados, garras, descascarreo. Sobrantes de grasa que las peonas iban echando, colada a colada, en latas pringosas, derrites que ranciaban. Huesos, bolsitas de yel para los curanderos... Vestía unas bombachas sujetadas con un cinto, ancho de un geme, que le bajaba desde los riñones al nacimiento del vientre, con lamparones de grasa y manchas de toda lava. Calzaba alpargatas tajeadas en el empeine redondo como una galleta.

Algún curioso, observando la carga, preguntaba a veces:

—¿Pero dónde colocás eso, Arboleya?

Y él respondía:

—En el pueblo... El pueblo es como el chancho, aprovecha todo...

—¿Pero en qué?

—Si te digo que los güesos van a parar al azúcar y de las garras hacen "vernís", te reirás...

Entraban a conversar y entonces el curioso aceptaba que el negocio de Arboleya sería sucio pero era bueno.

*

En un cajoncito ponía lo de vender o cambiar. Prefería el trueque a la compraventa. Las cosas de vender se las proporcionaba el Turco Navidad. Eran cosas para mujeres casi todas. Prendedores, guardapelos. Polvos y cremas para la cara. Santitos.

En la orilla del pueblo tenía el rancho y un galpón de latas abiertas para guardar el carro.

En el campo, en verano, acampaba en cualquier lado. En invierno, en los galpones de las estancias o en el depósito del almacén de Alves, término de su viaje.

Hasta el día que resolvió cambiar de recorrido, para no "limpiar" muy seguido a sus proveedores.

Fue cuando llegó por el camino viejo de Carapé a lo de Rosas, que tenía almacén y "compra de frutos". Allí encontró el rastro de Méndez. Dio con él y esto le trajo cambios grandes en su vida.

*

Con Méndez eran más que amigos. Se consideraban hermanos. Un día, sembrados por la vida lejos uno del otro, se perdieron. Ahora, después de veinte años, se encontraron.

Hijos de peona los dos. Juntos habían crecido mientras las madres lomeaban en las cocinas de las estancias o lavaban en el arroyo. Un día la madre de Arboleya se fue con un contrabandista y no se supo nunca más de ellos. El quedó con la madre de Méndez hasta que a la pobre la llevaron al camposanto. Méndez fue a dar con un herrero vasco más bueno que el pan. De aprendiz, de cocinero y "hasta de asistente" porque el vasco, una vez al mes, iba al boliche y hasta que no estaba "borracho neto", de caerse al suelo, no dejaba de tomar. Entonces Méndez, ayudado por el bolichero, lo cargaba en el carrito de pértigo y tocaba para la herrería.

Arboleya quedó solo en la estancia. Y como "no era responsable de nadie y nadie de él", se fue al pueblo. Hizo de todo. Hasta dar con el negocio que tenía ahora.

Méndez cambió de pago y ya no se encontraron más. Hasta ahora.

*

Méndez se había casado. Era dueño de una herrería, una chacrita y padre de un niño. Estaba afirmado en la vida.

*

Después del encuentro empezó una nueva vida para Arboleya.

Llegaba al almacén, dejaba el carro, se ponía en manos del barbero, levantaba una muda nueva y vestía un traje de sastrería que depositaba allí cuando regresaba. En invierno se bañaba en un viejo baño de ovejas. En verano partía hacia el arroyo. Se cambiaba y regresaba que era "un tendero o un violinista de bien vestido". Entonces se iba a lo de Méndez. Pasaba allí cinco o seis días.

La felicidad de Méndez, la amistad caliente que le demostraba, aquellos "hermano" con que llenaba su conversación le conmovían. La mujer le había despertado una ternura que nunca conociera y "el machito" cuando él llegaba lo seguía por todos lados como un perro.

—Estando yo, no tiene ni padre ni madre —decía Arboleya feliz.

Lo paseaba a caballo, lo sentaba en la falda y le contaba cuentos de animales, inventaba aventuras y viajes por lugares extraños para entretenerlo. A veces le llevaba al almacén y lo vestía de pies a cabeza. Una vez le compró un traje de marinero. Fue cuando le tuvo que explicar lo que era el mar.

—Se lo expliqué... Y eso que nunca lo había visto. ¡Tava obligao!...

*

Si le preguntaban por qué no se casaba, respondía:

—¿Pa' qué?

—Pa' tener casa, familia.

—¿Quiere mejor familia que la de Méndez?

—Bueno, pero...

—¡Esa es mi familia! Ella es buenísima, él es un hombre especial y el niño no le digo nada... Me caso y a lo mejor me sale una quiebrafrenos y de hijo un pasmao... Pa' mí esa gente es todo...

*

Estaba al término del viaje cuando supo que Méndez "era muerto" hacía días. Fue una noticia que lo dejó sin habla. Saltó al carro y empezó a castigar los caballos como un loco. Al anochecer llegó a las casas.

*

Frente al rancho vio la mancha negra que formaban la madre y el hijo. La ropa negra, el silencio y la inmovilidad les fundían en una sola figura que iba juntándose con la noche.

Arboleya bajó del carro, con su olor a grasa rancia, a creolina, su barba de veinte días, las alpargatas deshechas, los dedos pisando tierra.

Ya sobre la mujer y el niño se quedó sin saber qué decir, abrumado por aquellas presencias que tenían sobre sí la muerte del amigo.

La mujer se levantó lentamente, le estiró la mano muerta y se puso a llorar suavemente. El niño se apretaba contra ella, la cara fundida en el merino negro de la pollera. Luego se dio vuelta hacia la casa.

—Voy a buscarle el mate —dijo.

Y va sobre la puerta:

—No lo hago dentrar porque estoy sola...

Arboleya se acercó al carro. Se apoyó sobre las varas y se puso a llorar. Tenía la seguridad de que Méndez al irse se había llevado la mujer y el hijo y lo había dejado solo...

Más solo que antes, cuando era solo y no lo sabía...

Juan José MOROSOLI

(Especial para EL DIA)

DOCUMENTOS ARQUITECTONICOS DE LA EPOCA COLONIAL

APUNTES DE
PIERRE FOSSEY



Esta casa de redondeada esquina en NUEVA-YORK y YAGUARON, fue a principio del siglo pasado, una de las moradas patricias de la vieja aldea de la quinta de las ALBAHACAS, de la cual, perdura, en YAGUARON y VALPARAISO este frondoso patio de un popular bar-recreo.



En plena avenida AGRACIADA, subsiste este otro recuerdo de la misma aldea (esquina de POZOS DEL REY).



En la bajada de TACUAREMBO, esta pintoresca esquina es todo lo que queda de una antigua quinta de los alrededores de MONTEVIDEO. Al fondo, CERRO-LARGO, GALICIA y LA PAZ, donde, haciendo



esquina con EJIDO, MEDANOS Y MIGUELETE, a un paso de AGRACIADA se puede ver este extraordinario conjunto que abarca la manzana entera

Montevideo
Enero 1958
PIERRE
FOSSEY.



La estatua de Hernandarias es uno de los motivos ornamentales evocativos que se han adelantado a la obra urbanística definitiva.

EL OTRO PERFIL DE LA CIUDAD:

LA RAMBLA PORTUARIA

SI habéis descendido del barco que os trajo, y dejado ya, mástiles, chimeneas, caras inclinadas en la borda, grúas, valijas y fardos apilados en el suelo, brazos en alto, pitadas súbitas, nombres que se gritan y se pierden luego en el aire denso; todo ese friso abigarrado, en fin, que incuba la ausencia y la nostalgia, de ansiedad, de algazara, de fatiga; si habéis descendido del barco, habréis de pasar ineludiblemente por aquí: esta es la entrada de la ciudad.

Palmo más o menos, ha sido este el camino que recorrieron nuestros abuelos, y aun todos aquellos que vinieron antes, de otros países, para aglutinarse definitivamente a nuestra vida social, impulsados por las fuerzas dispares que mueven siempre la existencia y el destino del hombre: la inquietud juvenil, el dolor, la esperanza, la opresión, el olvido; la atracción, en fin, de paisajes distintos o nuevas formas de vida. En este breve tramo de calzada, sintieron ellos, todos, de pronto, tal vez ,oprimírseles el corazón, ensanchar las posibilidades, punzarles la duda. Levantaron entonces la cabeza, asieron fuerte la valija, hicieron firme el paso...

Poco habrá cambiado en lo que va del siglo y aun antes, esta franja de calle lindera inmediata, que se extiende a lo largo de la bahía. Humosa, castigada de sol y del salitre que trae el río; algo calafateada ella misma, como la panza de los barcos; la edificación empinada en dos pisos, con ventanas pequeñas a desnivel o balcones que fueron presuntuosos, donde se balancea ahora, en la cuerda, la ropa colgada a secar; escaleras estrechas en su semiluz; casas de cambio; boliches que se resisten al bar, y bares y más bares ruidosos, con la radio fuerte y, de vez en cuando, el borracho que quiere pelear; y por la noche ,entre el silencio particularísimo de la zona portuaria, la canción múltiple, lenta y desafinada, a lejanía y alcohol, que lleva y trae la ráfaga de viento...

A pocos pasos, ya en lo que va siendo la Rambla Portuaria, se ha erigido ahora el "Cenotafio en memoria de los marinos que murieron a bordo del barco Montevideo", en la última (si fuera la última!) guerra. Sus nombres, de gente de mar, decidida, están grabados en la piedra, sugestivamente, junto al rumor y la calma del puerto.

Esta, con el grupo de expedicionarios voluntarios y el episodio del "Graf Spee", ha sido la cuota de sangre y tribulación, con que el Uruguay contribuyó, en su modestia, al triunfo universal de las armas de la Democracia.

En la amplia explanada que se alarga luego, en la rasante horizontal, junto a los antiguos depósitos de la Aduana, escalonados sobre la bahía, acampan ahora autos y más autos, convirtiendo por su cuenta el lugar en zona de estacionamiento, en toda



La estatua del legendario Garibaldi, cerca también de los mástiles evocadores de la aventura heroica.



La espaciada arteria costera, vista desde la calle Colón hacia el Este.

la inmediación del Monumento a Hernandarias que, según parece, fue quien introdujo, hace unos siglos, en nuestro país los animales que tanto habrían de proliferar después.

La primitiva línea de edificación se advierte con nitidez en los tramos donde las manzanas no desaparecieron en su totalidad o desaparecerán parcialmente, semejando en algunas partes, las parcelas que conservan algo de su estructura antigua, la propia proa de los barcos que están cerca, ocultos por los viejos depósitos, sobre cuyos techos se puede ver a cierta distancia, grúas y mástiles, como grandes cigüeñas mitológicas con la carga en el pico.

Aquí, en esta vivienda patinada por una vejez prematura, estaba el "Neptuno Bar", tocado de dignidad y sobrio exotismo, en cuyo amplio salón era tan hermoso beber cerveza, mientras la señora alemana, esposa del patrón, tan rubia ella como la propia cerveza que expendía, tocaba al piano lánguidamente, sonatas de Beethoven...

Cuadrados edificios vetustos, algunos tapiados, semidemolidos otros, solitarios todos, como los de una ciudad abandonada por sus habitantes, entre cuyos muros crece a destajo el pasto hostil y se amontonan laterío y basura, testimonian, aquí y allá, que esta franja está en trámite tal vez inevitablemente lento, pero decidido, de una total renovación urbanística. Algunos tramos parecen querer defenderse aun, con cierto alarde de vida e inútil esperanza, del progreso que ha trazado ya por allí, su derrotero.

Aquí está, oh dioses, el Café y Bar "La Humedad"...

Y próxima, la estatua del legendario Garibaldi, cerca él también, hoy como ayer, de los mástiles y la aventura heroica.

"Las Bóvedas", la Dirección de Migración...

De este punto, junto al Muelle B, en la propia calle Bartolomé Mitre, ha de partir una nueva avenida diagonal, de treinta metros de ancho, a empalmar con la Avenida Uruguay, a la altura de Florida, en tres cuadras fundamentales, que han de abreviar la salida y la entrada de la ciudad, cambiando la fisonomía urbanística de la zona, con practicidad y belleza. Se ha resuelto ya que dicha arteria se llamará Río de Janeiro, en un nuevo testimonio de afecto y homenaje, al grande y fraterno país del Norte.

Rectangulares espacios vacíos han dejado edificios que ya no existen, por donde puede verse, a través del alambrado aduanero, heterogéneos lotes de mercadería diversa —rollos de alambre, madera, lozas, hierros — que esperan pacientemente en el suelo, que alguien venga algún día por ellos.

Desde aquí, ya enderezando hacia fuera, se ve la afinada torre del Rowing, como un "birome" grande que quiere escribir algo en el cielo distante...

Y siguiendo los galpones de zinc de la Aduana y las antiguas barracas y almacenes de hierro y los bares ruidosos y el mismo talante arquitectónico, se llega hasta frente a la Estación del Ferrocarril Central, hoy bajo el signo de A.F.E., donde todo urge también contra reloj, como en el propio puerto, en el clima de la llegada y la salida.

Desde este lugar se puede observar claramente cuál será la línea definitiva de la Rambla Portuaria, hasta el punto final, en sus dos kilómetros de longitud que toman desde el extremo mismo de la península, en la calle Ingeniero Monteverde, hasta Río Negro en línea recta, que luego quiebra ligeramente hacia la Plazuela en que está emplazado el Monumento de "España al Uruguay", conectando en definitiva con la monumental Avenida Agraciada.

La Rambla Portuaria, "en construcción", tiene su origen en un decreto del Ing. don Juan P. Fabini, entonces integrante del gobierno departamental, que data del año 1928. Las obras empezaron con las expropiaciones, dos años después y en ellas se ha invertido, hasta la fecha, cuatro millones y medio de pesos. Se determina para la nueva arteria un ancho de sesenta metros y se establece para la edificación que ha de marginarla, determinadas disposiciones, entre las que figura un pórtico en toda la extensión de la rambla. Este pórtico, aclaremos, es lo que entienden popularmente los montevideanos por "pasiva", en la Plaza Independencia; es decir, el pasaje de vereda, con techo y columnas...

*

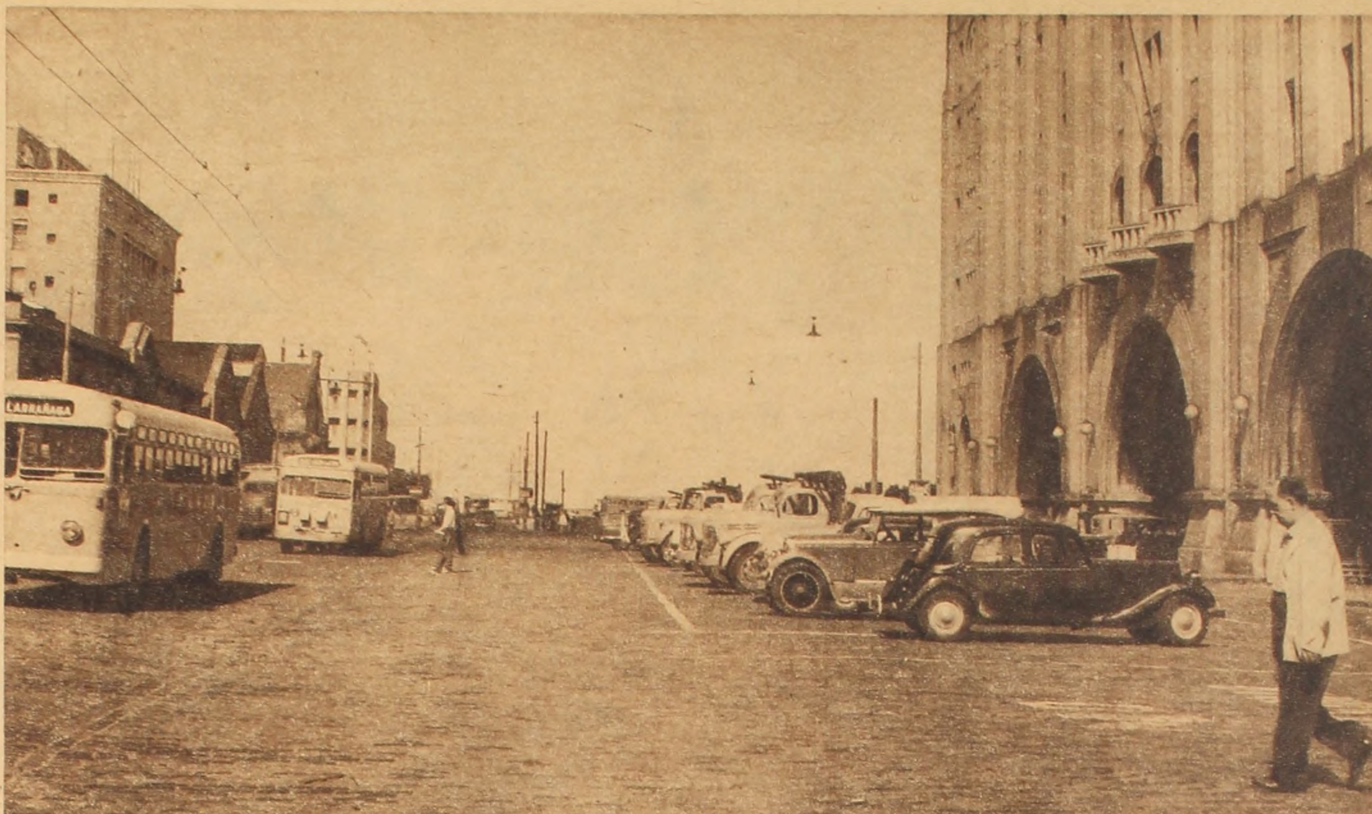
Cuando el inolvidable Presidente de los Estados Unidos de América visitó, hace veinte años nuestro País, hizo parcialmente ya de regreso, el recorrido de la Rambla Portuaria, la cual luego en su homenaje, fue denominada con el nombre de Franklin Delano Roosevelt.

Recordamos ahora, cómo apareció de pronto aquel hombre grande y semi inválido, ascendiendo con dificultad pero decididamente, una de las escaleras interiores del barco, con aquella sonrisa que le tomaba toda la cara, en medio de la frenética ovación de la multitud apretujada para verle, junto a los alambrados que separan la aduana de la calle inmediata, nuestra rambla portuaria.

Hoy, cuando hemos pasado por ella, su recuerdo ha venido a nosotros ligado a la visión de lo que ha de ser esta ruta costera en un futuro próximo, cuando la vetusta franja, humosa y estrecha, que ha sido siempre, haya desaparecido totalmente, para dar ubicación a la moderna avenida, de espaciada amplitud circulatoria, acogedor resguardo marginal y belleza edilicia, caracterizando este perfil de la ciudad, que es siempre lo primero que se ofrece a los ojos de los que vienen y han de seguir viniendo, jóvenes o no, de otros países, en la renovada corriente migratoria, para poner en nuestro suelo, definitivamente, su esfuerzo, su afecto y sus sueños más puros, en la suprema aspiración de vivir tranquilos y libres...

Enrique Ricardo GARET

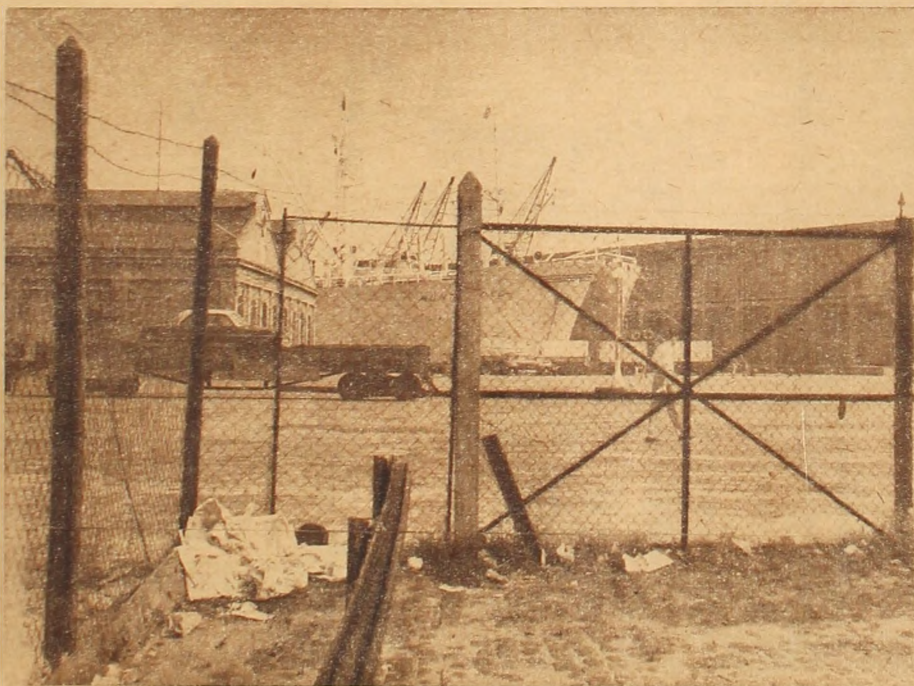
(Especial para EL DIA)



Tramo inicial de lo que va siendo la Rambla Portuaria, junto al monumental edificio de la Aduana.



Los antiguos edificios afectados por el trazado, van cayendo, para dar paso a lo que será hermosa Rambla Portuaria.



Proas y mástiles, que parecen querer movilizarse hacia la Rambla.



La Rambla Franklin D. Roosevelt pasará frente a la estación del FF. CC. empalmando luego con la diagonal Agraciada.



En el intrincado laberinto que forman las ruinas de siglos y siglos de historia en la cumbre y laderas del Palatino, pacientemente los arqueólogos van descifrando y clarificando los preciosos testimonios de tres mil años de vida.

"EL AULA ISIACA DE CALIGULA"

DESDE el año 69 al 96 el Imperio romano fue gobernado por los emperadores de la familia Flavia: Vespasiano (construyó el Coliseo), Tito (destruyó Jerusalén) y Domiciano (construyó la Domus Augustana) que preparan los caminos para el gran apogeo que ha de conocer Roma en el siglo II.

El Palatino es uno de los montes más bellos sobre los cuales se asienta la Ciudad Eterna; en él tuvo origen la ciudad (Roma Quadrata) que con el tiempo había de extenderse por los llanos y colinas circundantes. El Palatino durante el período de los reyes y la República fue centro de los recuerdos sagrados de Roma y por su ubicación y aislamiento se convirtió en el lugar preferido de los ricos romanos para levantar sus residencias y todos los emperadores tuvieron allí sus palacios, palabra, ésta, que deriva precisamente de este lugar, Palatino, y con la cual se designa toda suntuosa morada.

Domiciano construyó la gran residencia imperial que se conoce con el nombre de Domús Augustana. Para esta construcción contó con el gran arquitecto Rabirio, quien enterrando las fábricas de los emperadores anteriores (entre ellas se contaban los grandes palacios de Nerón) levantó sobre tan augustos cimientos la Domus Flavia, que se perpetuará con el nombre de Domus Augustana. La Domus Augustana la constituían en verdad dos palacios: uno con carácter oficial para el fausto y las ceremonias del gobierno y el otro para residencia de la numerosísima corte. Este conjunto de edificaciones cubrían 40.000 metros cuadrados.

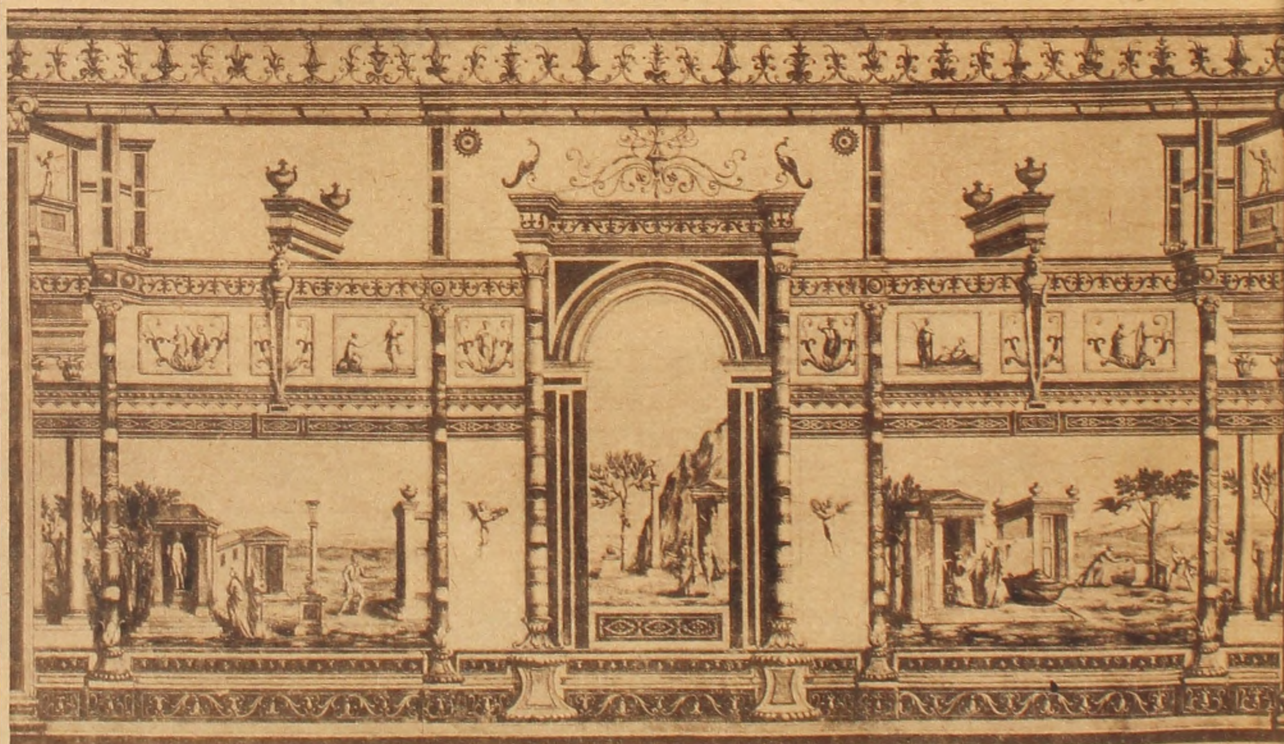
El palacio mandado edificar por Domiciano fue despojado de sus mármoles y de sus decoraciones en las excavaciones que en 1722 y 1724, por encargo del Duque de Parma, Francisco I, se efectuaron en el Palatino; fue entonces que se descubrieron las construcciones más antiguas de los emperadores anteriores a Domiciano. Para dar una idea del lujo usado en la construcción de la Domus Augustana, diremos que el umbral de la entrada principal lo constituía un solo bloque de mármol griego (bloque que fue segado por sus depredadores) parte del cual fue donado para construír el altar mayor del Panteón; delante de la puerta se levantaban dos grandes columnas de rico marmol (amarillo antiguo) y en el interior estatuas colosales de divinidades; las paredes y pavimentos estaban enteramente revestidos con mármoles polícromos.

En los edificios cuyos restos se encontraron debajo del palacio de Domiciano se conservan restos de pintura que forman un conjunto apreciable de obras que van desde el II siglo a.C. al I de nuestra era. Entre estos restos se encuentra una sala —el Aula Isiaca— cuya decoración es de la época de Calígula (años 37-41). Esta sala pertenece seguramente a un palacio y su decoración sólo en parte puede observarse ya que las fundaciones de las construcciones sobre ella levantadas han destruído mucho de su ornamentación.

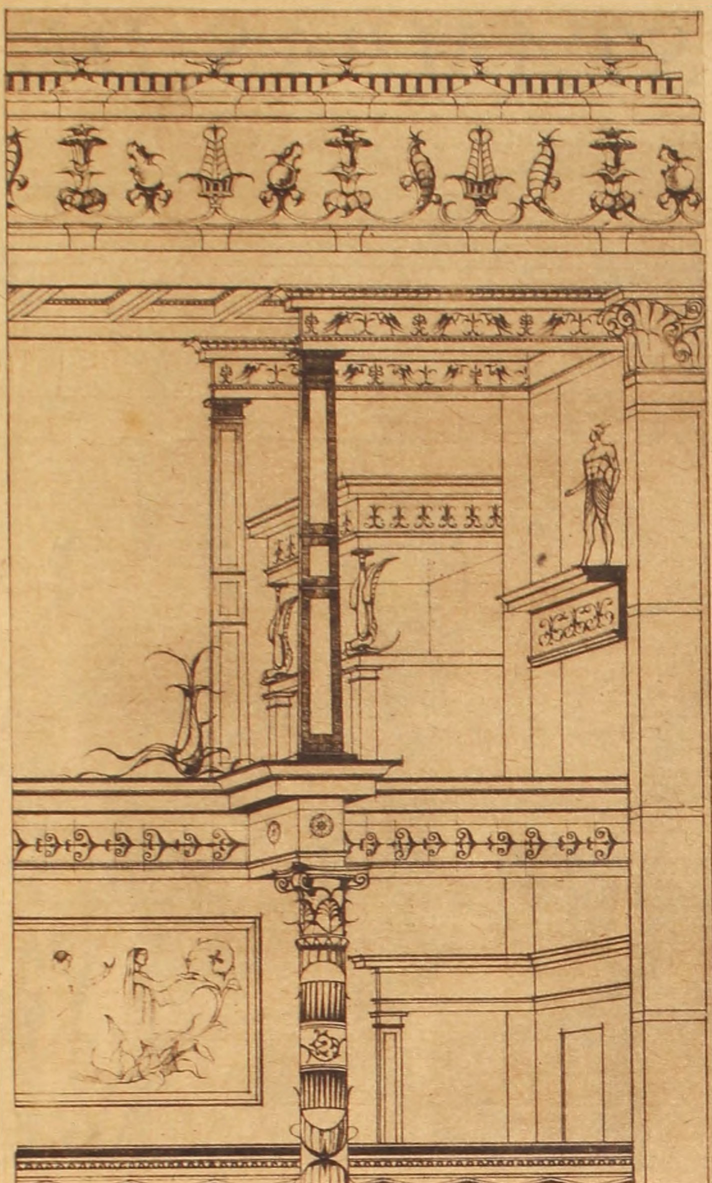
Como ya dijéramos, esta sala fue vista en 1722; entonces fueron admiradas y copiadas por artistas contemporáneos; estas copias, claro está, hechas con la escasa conciencia arqueológica del tiempo, no son "fotografías" de cómo estaban entonces las pinturas, sino que en las copias se integraban todas las partes que faltaban en el original, obligando muchas veces ello a interpretaciones del todo arbitrarias. Son, a pesar de esto, un gran documento para la interpretación de lo que hoy queda, pues fue breve la resurrección de estas pinturas, ya que se dispuso que el edificio fuese de nuevo enterrado. Pier Leone Ghezzi, uno



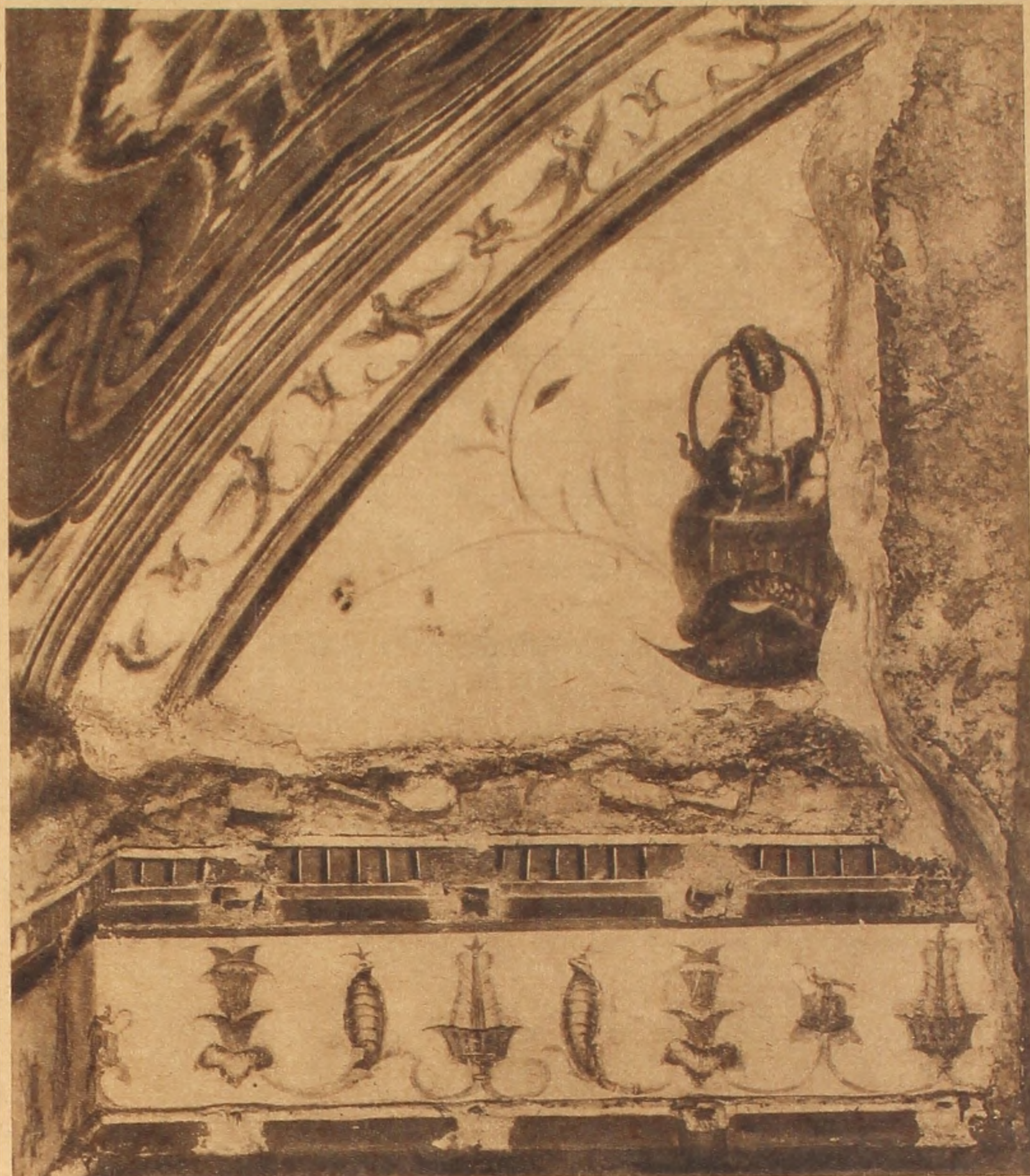
Cimiento del Palacio de los Flavios. Abierta una trinchera en la tierra, las paredes de ésta eran sostenidas por tablones horizontales los que a su vez lo estaban por vigas verticales. La trinchera se rellenaba de cemento el cual, al cuajar, guardaba para siempre la impronta de las maderas al igual que el cemento armado en nuestros modernos edificios. En este grabado se notan claramente esas improntas. (Fotografía del autor).



Pared izquierda del aula de Isis. Acuarela ejecutada por F. Bartoli en 1724 y conservada en el Colegio de Eton. Compárese con la fotografía de la misma y el dibujo ejecutado por el arquitecto Moretti en 1912 con precisión arqueológica.



Prolijo dibujo ejecutado por el arquitecto Caetano Moretti, el arquitecto de nuestro Palacio Legislativo, en 1912, en seguida después de volverse a excavar el aula que fuera enterrada en 1734 pocos años luego de su primer descubrimiento.



Detalle de la pared del fondo del aula. Obsérvese el friso con cobras, flores de loto, plumas de avestruz, etc., todos simbolismos del culto egipcio de la diosa Isis. La sítula de oro que se ve en el tímpano está decorada con una larga bolsa hecha de redecilla la cual se rellenaba de pétalos de rosas

de los pintores que copiaran en el siglo XVIII las pinturas del Palatino dice:

"Y como aquel sitio debiera cubrirse de tierra, no quise dejar perecer la memoria de esta pintura ya que son poquísimas aquellas que han resistido a las fuerzas del tiempo y fue encontrada en el año 1724." (Biblioteca Vaticana, manuscrito Ottoboni, número 3.109).

Actualmente son visibles en el "aula isíaca", toda la pared izquierda, una parte del fondo y casi toda la parte en forma de ábside.

De la pared de la izquierda, que está separada por muy poca distancia de un gran muro curvilíneo de fundación (época neroniana) que divide la sala de extremo a extremo, se conserva en el Colegio de Eton (Inglaterra) una acuarela hecha por Francisco Bartoli (1675-1730) que es un documento preciosísimo, aunque presente grandes dudas sobre la fidelidad y sinceridad de la copia.

Toda la decoración cuadra dentro del llamado tercer estilo pompeyano. Todo es irreal y sobre todo de desbordante fantasía y pintado con colores vivísimos. Así, por ejemplo, la forma decorativa de los capiteles escapan a una clasificación aún aproximativa dentro de los tipos canónicos. Entre las columnas veíanse escenas con paisaies y arquitecturas.

La pared del fondo fue cortada de alto a bajo por el nombrado muro curvilíneo; la parte visible corresponde casi a la cuarta parte del ancho de la pared. La parte superior de la decoración suscita todavía gran admiración tanto por lo bien conservada como por la elegancia de su ejecución así como también por el simbolismo del sujeto decorativo. Llama la atención una sítula y el friso formado por cobras y otros objetos rituales del culto de Isis.

La decoración de la pared del ábside es en su conjunto similar a la de la pared de la izquierda. Aquí se repiten los símbolos del culto de la diosa egipcia. Llama la atención en el podio de la decoración, un paisaje, casi completamente desaparecido, pero que permite descubrir su carácter, o mejor dicho, su inspiración en los paisajes del Nilo.

La bóveda que cubre la sala está también decorada con riqueza de dibujo y colorido.

"El aula, dice José Lugli, conocedor como ninguno de la topografía e historia del Palatino, en su obra *"I monumenti antichi di Roma e sub rbio"*, no puede ser de la época de Tiberio porque este emperador persiguió ásperamente los cultos alejandrinos; se debe, pues, atribuir al sucesor de Tiberio, Calígula, restaurador del culto de Isis, constructor del Iseo campense y él mismo "iniciado" en los misterios de la diosa.

En esta forma tenemos un monumento de la pintura antigua que por vez primera podemos datarlo con absoluta precisión y un inesperado testimonio de la presencia de las divinidades alejandrinas llegadas hasta las salas imperiales del Palatino así como también un seguro punto de partida de gran importancia para el estudio de aquellas augustas ruinas que en algunos aspectos presentan todavía oscuridades y dudas"

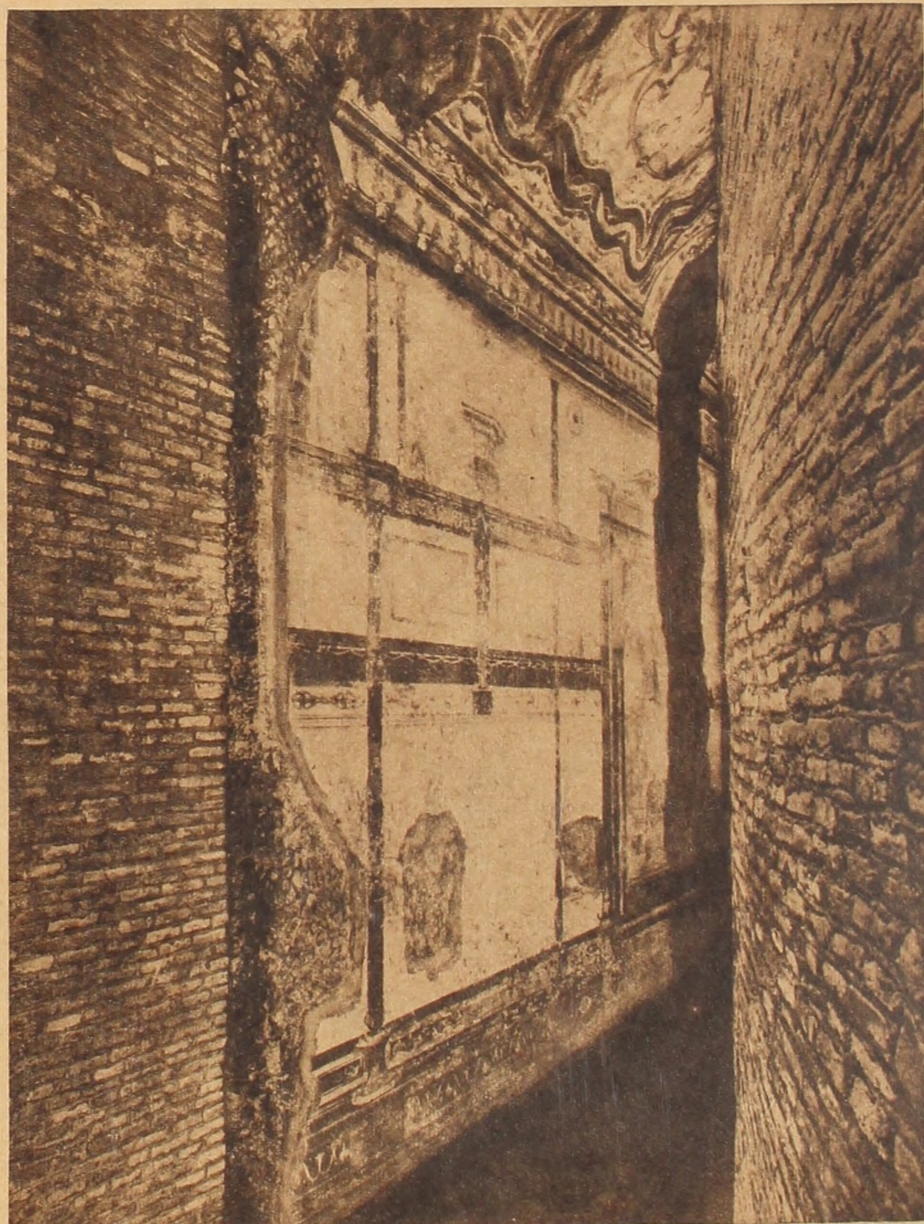
Esta sala tal vez sea la sala donde se refugiara Claudio cuando supo el asesinato de Calígula (Suetonio, Claudio, 10,1). Para esta identificación, F. Cumont *(La Salle Isiaque de Calígula*, Revue Histoire Rél. 1935, págs. 127 y sigs.), propone identificar esta aula con la *"diaeta"* palatina *"cui nomen est Hermaeum"*, poniendo en relación el nombre griego *Hermes* con el egipcio *Thot*.

Todas estas pinturas han sido en estos últimos años colocadas bajo la vigilancia del *Istituto Centrale del Restauro*, quien ha puesto todo su celo para la conservación de las mismas; parte de las cuales ya han sido separadas de las paredes y montadas sobre nuevos telares para evitar que la humedad continúe deteriorando los afrescos.

Igualmente con paciencia infinita los arqueólogos continúan trabajando en el intrincado laberinto de ruinas que es todo el Palatino. Este monte de Roma guarda todavía celosamente muchos misterios de la historia que sólo conocemos por fuentes escritas. No es el menor de ellos la gruta sagrada donde la tradición dice que la loba amamantara a Rómulo y Remo. Esta gruta fue testigo durante muchos siglos de veneración y culto y casi seguramente de ella proviene la loba capitolina, bronce que es símbolo de Roma Eterna.

Luis BAUSERO

(Especial para EL DIA)



Estado actual de la pared izquierda del aula isíaca. La pared curva que se ve a la derecha del grabado es la que corresponde a las fundaciones de construcciones de época neroniana y la que divide la sala de extremo a extremo. En esta fotografía podemos observar parte de la decoración de la bóveda.

ESTAMPAS DE IT



Al foro de Trajano se asoman dos iglesias casi simétricas coronadas por sendas cúpulas de exquisitas líneas. Una de ellas es Santa María de Loreto que comenzada por Antonio de Sangallo al principio del siglo XVI fue terminada por Giácomo del Duca con la linterna con que coronara su cúpula en 1582; es esta misma cúpula que hoy vemos levantarse sobre el verde profundo de los pinos y subir airosa y fuerte hacia un cielo desmesuradamente azul.

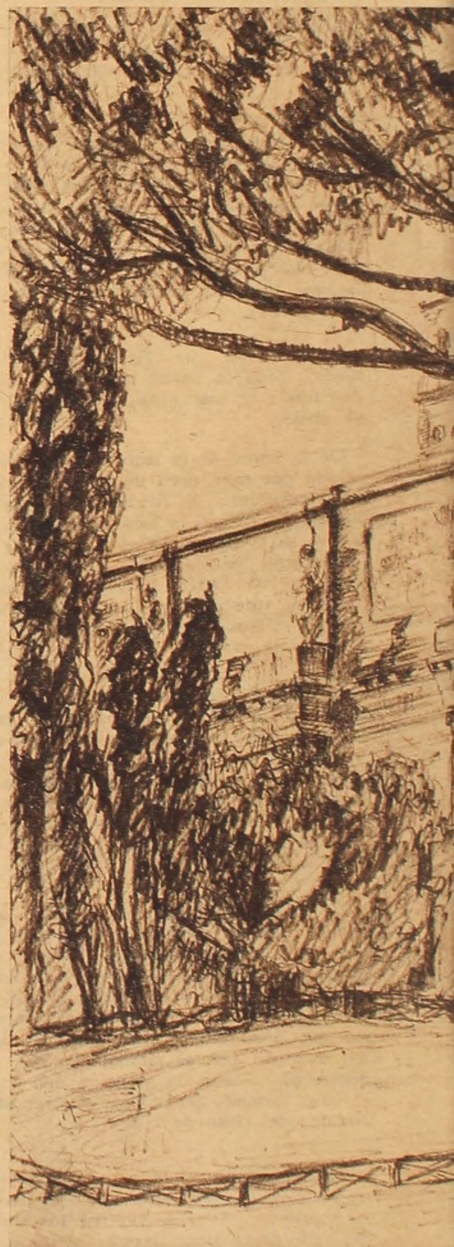


Desde el pie del Palatino en el Foro Romano hasta su altura, se extienden las ruinas de los palacios imperiales; sus majestuosas ruinas —algunas de ellas sirvieron de asiento para construir villas y jardines durante el Renacimiento— hablan del genio constructivo romano y de la grandeza que hubo de alcanzar este lugar durante el Imperio.

(Textos de Luis Bausero)



Entre la orilla izquierda del Tíber y la isla Tiberiana, está tendido el puente más antiguo de Roma: el puente Fabricio, construído en el año 62 a.C. La maravilla es que todavía sirve para el tránsito de automóviles y peatones y el cruzar por él no se hace sin alguna especial emoción.



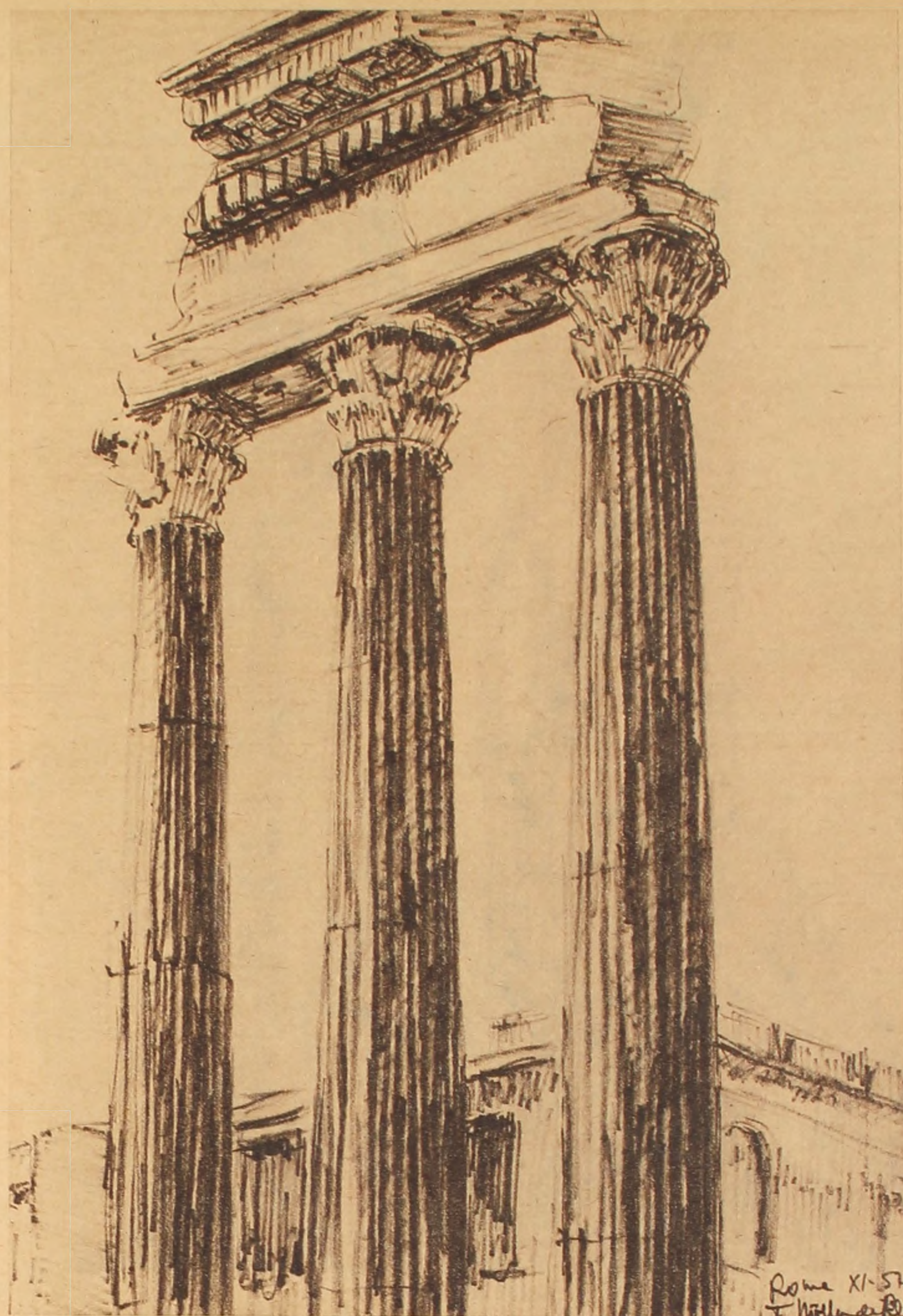
*Enmarcado por los "respighianos" pinos de
Lo hizo erigir el Senado romano para cele
Majencio en el año 312 de nuestra era. E
que se levantara en Roma; no obstante su
tónicas son de expresiva grandiosidad. Este
construyan en época moderna c*

LIA

APUNTES DEL NATURAL TOMADOS EN ITALIA POR EL ESCULTOR F. MOLLER DE BERG, EN UN RECIENTE VIAJE.



En la sugestiva soledad del monte Celio se levanta la iglesia de San Juan y San Pablo que fuera edificada sobre dos casas romanas que la tradición dice ser la casa de estos dos mártires romanos. La verdad es que en tales casas — que son de los siglos II y III — se efectuaba culto cristiano según testimonios allí encontrados en las recientes excavaciones. En una de las casas se conserva el afresco más importante q·e se conozca en Roma de la época imperial.



Los dos hermanos, Cástor y Pólux, cuya constelación brilla en el firmamento, tuvieron en el Foro Romano un suntuoso templo. Fue éste fundado en el año 484 a.C. y varias veces reconstruido en el curso de los siglos. Las columnas corintias que contemplamos aquí son las que corresponden a la magnífica reedificación que hizo del templo, en blanco mármol, el emperador Augusto. De las 42 columnas que rodeaban el edificio, sólo estas tres han permanecido en pie.



...a, se ve el arco de Constantino. ...la victoria de Constantino sobre ... de los últimos arcos honorarios ...nte escult·ra, sus líneas arquitec- ... inspirará muchos de los que se ...el Carrousel de París.



El ábside de San Juan y San Pablo es uno de los pocos ejemplos de arquitectura lombarda que se p·eden encontrar en Roma. En esta iglesia se acumulan ricos testimonios de arquitectura y arte desde tiempos del Imperio hasta el Renacimiento. El lugar lleno de paz y de verdes parques es una isla de sosiego dentro del bullicio de la ciudad moderna.



Calleja de Córdoba.

CORDOBA, LEJANA Y SOLA

En Madrid se nos había dicho que nuestro tren a Córdoba debía cruzar por sobre un puente desmoronado y arreglado con urgencia... Los ferrocarriles españoles no inspiran mucha confianza; así pues, el viaje de diez horas comenzó con cierta zozobra... Mas ya por Aranjuez el ánimo se nos había apaciguado con la visión de un campo ondulado y verdeante en el que algunos animales paciendo rememoraban nuestra tierra uruguaya.

Y, luego, la serranía de áspera vegetación y algún molino de aspas desflecadas; a media mañana, arideces rojizas, soledad pedregosa: uno sabe que alejada hacia nuestra derecha se tiende la Mancha del Hidalgo.

Sobreviene, pronto, la sierra oscuramente dentada en los alrededores de Valdepeñas y el almuerzo se nos olvida ante la aparición de Despeñaperros, maravilla de piedra cortada a pico, como con saña de gigantescas hachas, a cuyos pies corre un hilo de agua de juguetona inocencia mientras la testuz serrana sostiene el camino a Cádiz.

A las tres, aguardando aún el puente remendado, nos sorprende, en cambio, el Guadalquivir andaluz de aguas color siena en tanto se acentúan los olivares de árboles pequeños que platea el reflejo del sol potente. Viene Andújar y su viejo puente... pero no es el temido; al fondo, se perfila nítida la Sierra Morena y, muy quemados, casi ocres, aparecen los primeros eucaliptus que reconociéramos en España. Burritos en tropilla cargando piedra, manadas de cabras negras, un aire pleno y luminoso, todo nos llega por la ventanilla viajera. Y, apenas nos recobramos del lento pasaje por el gran puente que se derrumbara días atrás, se nos anuncia la llegada a Córdoba.

Qué lindo demorarse en la plazuela frente a la estación, dejando que los pasajeros apurados se disputen los taxis!... Hay un cielo de calmo azul, un aire sutilmente perfumado y a uno lo llena el deseo de quedarse así, mirando, oyendo, sintiendo aunque no sepa decir, después, qué disparidad emotiva vivió en esos instantes. Desechamos alojarnos en la parte moderna de la ciudad que, por otra parte, no molesta mucho. Después aprenderíamos que, curiosamente, mientras se camina distraído, ella aparece de pronto, con su agilidad, su riqueza, su despliegue de negocios pero no hay más que dar vuelta para reencontrar la calleja en esguince, tortuosa, limpia y encalada, con rejas barrocas. Nos alojamos cerca de la iglesia gótica de San Miguel, por callecitas entreveradas y angostas; la bocina de algún auto que por ellas se atreve a circular, parece desmoronar las casas. En esta Córdoba uno los odia inmediatamente, los siente brutalmente intrusos y no los usa jamás.

Poco más o menos, todos llevamos una idea de lo que ansiamos ver en una ciudad europea y sus elementos sobresalientes nos son familiares. Pero qué emoción ardiente e inesperada es la de irse andando por el laberinto de una ciudad recién hallada en su verdad material! Creemos que Córdoba nos ganó el corazón aquella primera tarde de desconcierto, cuando enfilamos una calle que debía acercarnos al Uad-el-Kabir de tanta poética elegía. Calle de San Fernando flanqueada por naranjos y limoneros que recuerdan esas miniaturas persas, con los frutos de oro esmaltando el follaje; los muros blancos, coronados por toques moriscos o con herrajes que los poetas entretejen de flores y amores. Fue siempre nuestra vía favorita para allegarnos al río señero. Gustábamos atisbar sus cortadas callejas de liso empedrado como la del Portillo, de dos pequeños pasos: el uno subiendo hacia casas veladas de silencio, el otro arremolinándose junto a la fuente colmada de plantas, azulejos y mujeres de cántaro. Semejantes a las cordobesas repetidas por el pincel de Romero de Torre, allí se detenían, susurrando como el agua o dejando corretear a los niños. Estas plazuelas de Córdoba están todas cargadas de magia; las unas parecen repetir en los juegos inocentes aquellos versos de Góngora:

"Y, en la tardecica,
en nuestra plazuela,
jugaré yo al toro
y tú a las muñecas."

Las otras cargan historia y devociones. El rostro de ciertos mozos, erguidos y severos, mirando el incesante chorro trae el eco de la copla:

"Las palabras que me diste
se las llevó la corriente."

Calle abajo está la más rancia plaza de Córdoba: la del Potro donde la fuente de caballito encabritado está circundada por el parador cervantino al lado de cuyo farol antiguo léese en una placa: "...Miguel de Cervantes Saavedra de abolengo cordobés, menciona este lugar y barrio en la mejor novela del mundo.". También, por la Casa de la Caridad hoy ocupada por el Museo de Bellas Artes, el de Romero de Torre y la habitación familiar del artista. Encierra silencio y armonía: jardines, fuentes, arte. Inmensos tesoros guarda su interior: gran colección y museo del pintor cordobés, endiosado por unos, negado por otros, el desaparecido amigo de la Nena y la Trini, enamorado casi obeso de los ojos de azabache, la piel aceitunada, los celos melodramáticos, la pasión incubada como brasa y la melancolía de la carne desnuda. Pero también hallamos allí muchos Vicente López, un pequeño Murillo, dos Goyas (entre ellos, retrato de Carlos IV) y primitivos holandeses. Y toda la arquitectura es típicamente serena, con algunos techos de riquísima factura.

Una indecible atracción nos lleva, siempre, a orillas del río, bordeado por una sencilla rambla adonde la gente pasea o conversa sentada en el pequeño murete rústico. El río corre oscuro y grácil, entre una corta ribera barrosa y otra de talud engramillado. Se cruza de un lado a otro por el puente que se asienta en algunos de los salvaguardados pilares romanos; el agua, al abrirse paso, produce un murmullo continuo que, como en toda Andalucía, es la música más fiel de la naturaleza. Del otro lado del puente, yérguese la Calahorra maciza y parduzca, torreón árabe almenado, uno de los muchos puntos defensivos de esta ciudad tan llena de historia adonde los túrdulos ya sentaran su primitiva existencia. De los romanos quedan ecos en la famosa Puerta, detrás de la Mezquita y como enfrentando a la Calahorra, aunque ella sólo sea una réplica del siglo XVI, rememorando la que fuera cabecera del puente destruído.

Indudablemente, lo más poderoso de Córdoba está centrado en el barrio árabe y en el barrio judío que se tienden alrededor de la Mezquita. De ellos, sólo quedan nombres y monumentos salvados por el fervor de los cordobeses y la matizada peregrinación del turismo.

A pesar de todos los pesares, de la fotografía, el cine, la lectura y hasta el mano-



Museo Romero de Torres.

seo de la propaganda, el macizo de la Mezquita causa una impresión fabulosa y sobrecoge, dramáticamente. Su muralla exterior es áspera y ruda, cerrada con rigurosidad de piedra y se abre por tres grandes puertas entre las que la del Perdón resalta más por sus fajas de bronce claveteado. Dentro del recinto, otro clima, la sorpresa del patio de naranjos parejos, entre los que se alza alguna palmera y bajo cuyas ramas refrescan las generosas fuentes de abluciones rituales. La sombra cae ancha, pasa un aire sedante y los chorros acunan el pensamiento; los guijarros del río emparejan las avenidas. Mientras uno se deja envolver por el fino perfume de azahares, la mirada vaga de la Puerta de las Bendiciones que abre el templo, sobriamente labrada, a los corredores cuyo techo artesonado reposa hoy en tierra. Algunos viejos dormitan bajo la gorra y sobre el bastón nudoso; sus nietos se divierten juiciosamente. Un joven poeta volcado sobre el borde de la gran fuente y sobre la página naciente, hunde, a veces, la mano y trata de tomar a los rojos pececillos que huyen en el agua de reflejos verdes.

Mucho se ha dicho ya que la Mezquita repite el bosquecillo de naranjos con un bosque de más de mil columnas. Ello representa, acaso, la más bella exhibición de un botín guerrero pues, como se sabe, estos pilares arquitectónicos venían de los monumentos romanos, románicos y góticos copados para el Califato de Córdoba. Tuvimos la fortuna de andar siempre a solas por este asombroso templo de sabios colores y perspectivas, entre fustes y capiteles heterogéneos pero armonizados. Hacia un lado y otro, nuestra mirada sólo hallaba la penumbra solitaria enmarcada por las hileras pétreas y la galería de arcos altos teñidos de bandas blancas y rojas. Deshaciendo el equilibrio original, cortando a quien entra la fulgurante impresión del Mihrab, testimonio del drama español, ocupa el centro de la Mezquita la Catedral católica.

Orientado hacia el Este de su fe, el Mihrab es una joya de piedra en arabescos; las bóvedas, el nicho del Corán y los paños de muro están recubiertos con el color portentoso del mosaico entretejido de oro. Cuando el sol toca este lugar elevado por los artífices de Damasco parece encenderlo una luz cegadora.

Saliendo de la Mezquita y su patio de serenidades, tomando desde el Cristo de los Faroles hacia las calles del Barrio Arabe, llégase a la diminuta Calle de las Flores por donde apenas pasan dos personas a un tiempo, corredor de maceticas colgantes y abigarradas que muere en un patio casi familiar. "Córdoba callada"; una discreción de jardín preparado en secreto para gloria de quien la descubre en mañanas y tardes largas. Basta que uno se acerque a un portal entreabierto para que alguien de dentro o vecino invite a trasponer la cancela: entonces aparece el patio cordobés de losas o guijarros con fuentes y encajes de hierro, faroles y cacharros de cobre, profusamente adornados de florido verdor. Algunos son señoriales y ricos; otros, casi liliputienses pero equilibrados de gracia coloreada. Algunos, más secretos, en viejas casonas que atesoran pozos y brocales moros, esconden celosamente la pobreza. Sin saber por qué, uno va sintiendo que el paso por aquellas sendas quebradas, estrechas, casi desiertas, se le va haciendo del ritmo de la melancolía.

Y si están las antiguas iglesias góticas y los aristocráticos palacios no menos importa el barrio de la Judería. Si Córdoba nos dio a Séneca, Góngora, el duque de Ribas, también a Averroes, el de tradición peripatética y a Moisés ben Maimoun, el "Aristóteles de los tiempos medios" como dice Menéndez y Pelayo. La ciudad ha dedicado a este Maimónides una plazuela descarnada e irregular cerca de la Sinagoga, aquella misma que repetía: "Desde Moisés a Moisés no ha habido otro Moisés". Aún subsiste este templo del 1300 según reza la inscripción que nos traduce el viejo cuidador hebreo quien no deja de quitarse, respetuosamente, la boina al hablar de "este ilustre recinto sagrado".

Casi otro tanto nos hacía y decía el cuidador del vecino Museo Municipal cuyas dos primeras plantas exhiben el artesanado cordobés y, la tercera, el arte entrañable de Andalucía: la Tauromaquia y el orgullo local: el rejoneo. Allí están aún vivos, Cañero, los Lagartijo y Manolete junto a la enorme piel del toro Miura que lo matara.

Antes de abandonar Córdoba fuimos a despedirnos del Patio de los Naranjos que el sol, también, abandonaba ya. Desde entonces, la añoranza nos la trae con versos de García Lorca: "lejana y sola".

Rolina IPUCHE RIVA

(Especial para EL DIA)
(Fotografías de la autora).



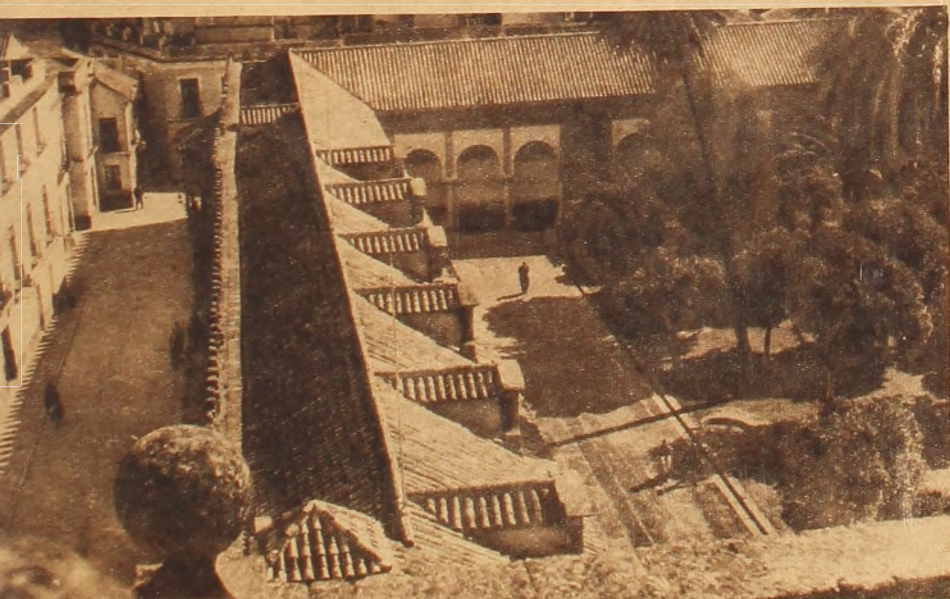
Puente sobre el Guadalquivir.



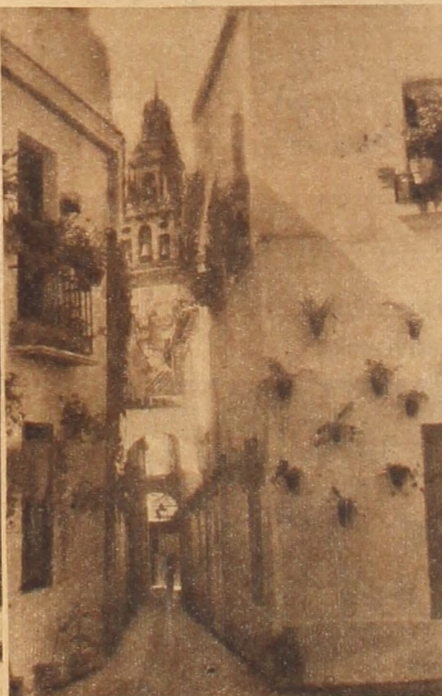
Templo de San Miguel.



Casa sobre la Plaza de Maimónides.



Patio de los Naranjos.



Calle de las Flores. Al fondo la Torre de la Meca, árabe hasta la altura de las campanas, y el resto cristiana.



Museo Taurino.

MELO OTRA VEZ



La Agencia de *EL DIA*, en el centro de Melo, muestra un tejado supervivencia del estilo colonial.

¡Si tendrá importancia lavarse la cara! Cuatro años hacía que no visitábamos la capital del Departamento de Cerro Largo. ¡Lo que va de ayer a hoy! Hace cuatro años, Melo nos dio la impresión de una ciudad rural, aunque no ruralista, todo lo contrario; ciudadana, progresista, vinculada, eso sí, a la raíz nutricia de su tierra. Hoy aparece transformada, y todo se reduce, exteriormente, al lavado de cara que se le ha hecho con la pavimentación. Es reconfortante esta continua renovación de las ciudades del interior. Viajar por el interior es asistir al espectáculo de un país en crecimiento permanente. En pocos años cambia la fisonomía de las poblaciones. Dentro de un mismo marco de horizontes campesinos, el urbanismo va acentuando los tonos grises: liceos, escuelas, bancos, depósitos de agua potable, obras de saneamiento, casas de comercio, viviendas, etc.

¡Los uruguayos somos unos atorrantes! No nos gusta trabajar, y si trabajamos es a desgano. Esta es la cantilena que oímos continuamente. Afortunadamente la recitan los que en verdad no trabajan y pasan asesinando las horas en torno a mesas de café. Porque ¿quién, sino, eleva estos edificios, y cultiva estos campos, y cuida los ganados, y presta asistencia sanitaria y docente al país? Son los uruguayos, indudablemente. ¿Inconvenientes, fraudes, saboteos, negligencias? Ya lo creo, más de lo normal. Pero afortunadamente, la moral del país es superior a la maldad de unos, a la incompetencia de otros, a la inmoralidad de no pocos, al favoritismo de muchos. Y pensamos: ¡El día que al esfuerzo constructivo del pueblo anónimo se agregara la honestidad administrativa y la sabia visión de los dirigentes de la vida nacional! Hablamos más allá de las filiaciones partidistas. No puede ser otra nuestra voz en este concierto de inconformidades. Pero sostenemos, sí, que el Uruguay evidencia un pulso constructivo sin interrupciones. Pueden comprobarlo los escépticos viajando periódicamente por el interior del país para darse cuenta de los cambios que se observan en el panorama urbano de nuestras ciudades. Lo evidente es que se trabaja, que se progresa, que se subsanan deficiencias. ¿Que se podría trabajar más, y rendir más, y administrar mejor? Que duda cabe. Por la misma razón que los individuos podrían ser siempre mejores de lo que son.

Mas, para el progreso urbano de los pueblos, tanto como saber construir, lo que importa es también saber destruir, o saber qué es lo que se debe destruir. Muchas veces, por el afán de levantar algún edificio se destruyen joyas urbanas. No nos atraen las ciudades museos de ruinas. Las poblaciones deben tener un contenido vital, antiguo o moderno, pero vital. Es frecuente que se derriben obras antiguas y en su lugar



Plaza con el monumento al Prócer de la nacionalidad uruguaya.

se levanten edificaciones que desde el comienzo son ya no antiguas sino viejas, por la falta de armonía con el medio y el imperativo funcional de los tiempos. Aunque pongamos en cuarentena eso que ya se ha convertido en lugar común: el sentido funcional de la nueva arquitectura y urbanismo. Es una manera de salir del paso quienes no tienen ideas originales para embellecer la vivienda del hombre.

Melo debió poner más cuidado en sus reformas edilicias. Era una ciudad con muchos vestigios coloniales y no todos merecían el golpe de la piqueta. Y en las construcciones de hoy debiera seguirse una línea a tono con el paisaje, que siempre es consonante con el sentido artístico tradicional. Lo que debe cambiar es el confort, según los adelantos de los tiempos, pero eso corresponde a la intimidad de las viviendas, como el calor central de los individuos, cuestión del corazón. Aun se ven en Melo huellas de colonial estilo, y en la parte central de la ciudad, como el local donde se halla instalada la agencia de EL DIA, y en cuanto a construcciones nuevas, no todo es sentido rentístico, hay también un gusto especial para que la casa tenga función de hogar y en ella se sientan sus moradores a gusto con su propia alma. Una de las muchas que se han levantado reproducimos en estas páginas, también situada en el centro.

Una ciudad es, esencialmente, una continuidad de estilo. Es un modo de vivir que no se improvisa al iniciar cada jornada, sino que despierta en el alborear de cada generación después de madurar el sueño de nuestros antepasados. Mantener ese ritmo perdurable es el único modo de transformarse, como se transforma la cultura de los hombres y de los pueblos, desde dentro. Consideramos aún válidas estas palabras de Goethe: "Aunque el mundo en conjunto progrese, la juventud tiene que volver a empezar por el principio, y cada individuo ha de recorrer todas las épocas de la Cultura de la Humanidad". Y esto atañe también a la cultura de las ciudades.

Las ciudades sufren su proceso de nacimiento y desarrollo. Son seres orgánicos, culturalmente orgánicos. Es curioso observar, cómo en la antigüedad clásica, las ciudades crecían al pie de los templos paganos, mirando siempre una perfección ideal inalcanzable, y en ello estribaba su esfuerzo. En la Edad Media y primeros siglos de la Moderna, las ciudades nacían al calor de los templos y de los castillos, aunque en realidad toda iglesia era a la vez fortaleza. En nuestros días, y especialmente en Uruguay, los pueblos nacen de la misma tierra. Son como floraciones vegetales que necesitan del sol, del aire y del agua. ¿Sin contenido religioso? Lo que sucede es que la nueva religión, la que vibra en estas ciudades, tiene otro contenido. Una religión sin tinieblas, toda luz, convivencia, hermandad, que eso es la ciudadanía. La religión de las ciudades como Melo ya no es de contenido fetichista. No quieren imágenes sino alma. Por eso resulta fea esa tendencia de la Iglesia de hoy, obrando el milagro de Mahoma: ya que el pueblo no viene a mí yo salgo a la calle. Y en este mismo Melo se ha levantado públicamente un fetiche que el pueblo llama la Virgen Nana, para menoscabo, en primer lugar, del concepto moral que debe imprimir a los creyentes todo sentimiento religioso, al margen de las exhibiciones de vanidad pública.

Ya quisieran para sí las iglesias, el sentimiento religioso que se respira en estas ciudades. La religión del trabajo, del respeto al derecho ajeno, de la convivencia pacífica, de la democracia, de la libertad. Sentimientos que no anidan en pueblos sojuzgados por regímenes que se precian de religiosos, como en España, Portugal y la República Dominicana, avalados y alentados por las iglesias. Lo que da fisonomía inconfundible a la ciudadanía uruguaya es el respeto a la personalidad del hombre, al margen de sus creencias religiosas o militancias políticas, y esa fisonomía es herencia de una formación laica, humanista, solidaria con todos los hombres. ¿No serán estas cualidades dignas de defensa? Pues ya se oyen voces empeñadas en deformar las características de nuestro civismo, invocando salvaciones obligatorias, tales como las que predicaban Stalin, Hitler, Mussolini, y siguen predicando Franco y sus dobles mamarrachos de Hispanoamérica?

Pero nos hemos salido de la cuestión. Aunque no tanto. Las ciudades tienen también su alma, la tiene, naturalmente, Melo, y cuando el alma de una ciudad decae, decae, naturalmente, la ciudad. Melo se ha lavado la cara. A eso equivale su nuevo pavimento. Pero si los melenses exigían ese rejuvenecimiento es porque son espíritus que aspiran a mejorar continuamente su nivel de vida en todos los aspectos. La religión ciudadana es incompatible con la mugre. En los portales de los templos de la ciudadanía nueva no caben los mendigos que exhiban sus miserias para que los fariseos de la religión exhiban su vanidad. Buena es la caridad, pero a continuación de la justicia. Los fanáticos de la ley se escudan en ella para no compartir el dolor de sus semejantes, pero los fanáticos del dogma religioso se escudan en la caridad para que no se cumpla la ley.

Melo fue la primera ciudad del interior que conocimos con parsimonia de tiempo. Ella contribuyó a formar en nosotros espíritu de querencia uruguaya. Es una gran ciudad. En ella aún los árboles de sus calles son más altos que las viviendas. El sol se esparce por sus arterias dándole un ritmo acelerado pero claro. De noche, su arteria central, "Aparicio Saravia", con sus letreros luminosos, hace aprendizaje de urbe aturdida, pero creemos que todo eso es para congraciarse con la novelería tropical de los turistas. Porque la verdad es que Melo continúa fiel a sí misma. Flor de campo, horizonte abierto al aire de las cuchillas, verde que viene entre las brisas, y algo de influencia subtropical, color y ritmo, que le llega del Brasil. Una ciudad nueva afincada aún a su tradición, y por eso recia, fuerte, tesonera, fruto del trabajo de sus propios hijos. Fratricida ayer en los entreveros de las contiendas montoneras, fraterna hoy para todos los hombres que en ella viven o la visitan. Y este cambio demuestra, que Melo no se conforma sólo con el lavado exterior, el de su cara, sino que también se ha impuesto y ha logrado purificar su alma, bella alma de ciudad, flor de campo, de verdes y de cielo luminoso.

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Especial para EL DIA).

(Fotografías proporcionadas por el profesor Ignacio Santibáñez).



Cine Melo, uno de los más espaciosos del país.



Otro aspecto del arroyo Conventos cuando las lluvias le dan caudal de río desbordado



El arroyo Conventos, a la orilla de Melo, mostrando el panorama de una de sus inundaciones.



Centro Unión Obrera, en la Plaza Independencia.

EL LIBRO Y EL PUEBLO

LA categoría de nuestro país que más prestancia tiene en el mundo es fundamentalmente la que deriva de sus valores espirituales. Somos representantes de una conciencia, que aún sin capacidad económica, ha hecho del Uruguay una definida expresión nacional e internacional.

Es innegable que nuestra cultura democrática es obra primordial de escuelas y bibliotecas, en donde el ciudadano aprende lo que debe realizar en provecho propio y colectivo, se instruye acerca de lo que debe evitar y se orienta en el camino que debe recorrer. Resulta realmente confortante observar lo que en materia de bibliotecas públicas se ha realizado en los últimos años, especialmente por iniciativa municipal y privada. Cada barrio de Montevideo tiene su biblioteca y cada ciudad del Interior ostenta como blasón nobiliario una biblioteca para el pueblo. Con ello se acrecienta la capacidad de realización del hombre, ya que éste puede en la medida de lo que sabe. La instrucción que dan las bibliotecas es la llave de la libertad, a la vez que sirve de riqueza a los pobres y de ornato a los ricos.

Pero no basta la multiplicación de bibliotecas, si no se da a éstas la organización que asegure los mejores frutos. Es menester que el bibliotecario no sea un simple custodio y distribuidor mecánico del material bibliográfico, sino que debe ser un activo orientador de lectores y un sagaz analista de la sicología de los asistentes. Estos caracteres son indispensables si consideramos gran parte del material humano que frecuenta las bibliotecas llamadas "de barrio"; ya son adolescentes que abandonaron la escuela al promediar los estudios primarios por exigencias económicas y quieren desquitarse con la literatura infantil que no conocieron a su debido tiempo, o son jóvenes poco letrados con avidez de saber, o son adultos obreros o empleados que aspiran a más dilatados horizontes. Sean cuales fueren las modalidades que presentan estos elementos, lo efectivo es que tienen gusto por la lectura, encomiable disposición que debe aprovechar el bibliotecario —en carácter de director espiritual— para ir ofreciendo gradualmente la bibliografía que incremente la cultura general del "hombre de la calle".

Tan necesarias son las antedichas condiciones que debe reunir el bibliotecario, que se encuentra de pronto frente a un tipo de asistente que no sabe lo que va a leer y necesita un cicerone; en este caso, puede recurrir al expediente de aquel empleado que descubrió ciertos libros complicados que nadie leía, y los colocó juntos en atractiva exhibición, con una leyenda que rezaba: "Estos libros son de contenido difícil y requieren para su lectura tener muchos conocimientos". Al día siguiente todos los libros entraron en circulación: o se encuentra con otro que solicita documentación sobre determinado asunto y debe proporcionársela en forma progresiva para que no se atragante con ingente caudal.

Claro está, que se impone una perfecta organización técnica de la biblioteca para que el lector, con la simple ayuda del dirigente, no se encuentre en actitud estática, sino compenetrado de todos sus recursos para hacerles rendir el máximo provecho. Además, la biblioteca debe tener fuerzas simpáticas atractivas: proporcionar temperatura adecuada a cada estación, cómodos asientos, buena luz y algunos cuadros y esculturas que den una nota de color y buen gusto al ambiente.

Cuando Osimandias fundó en Alejandría la primera biblioteca pública del mundo, mandó escribir en su frontispicio la siguiente leyenda: "Tesoro de los remedios del alma". En efecto, jamás persona alguna tuvo un pesar que no olvidara después de una hora de buena lectura. No existe placer más económico y remunerador que el goce positivo y cordial que proporciona el leer, sobre todo el que procuran aquellos libros que se abren con interés y se cierran con provecho.

Los libros guardan una esencia de inmortalidad. Son los productos más duraderos del esfuerzo humano. Los templos y los palacios se desploman en ruinas, y las obras de las artes plásticas se disgregan y pulverizan; pero los libros sobreviven. La mordedura implacable del tiempo es vana contra ellos. De la portentosa arquitectura griega no quedan sino escombros, pero supervive su magistral literatura. Del majestuoso esplendor del Imperio Romano, sólo quedan las obras de sus literatos y pensadores.

Por el culto del libro se han hecho grandes los pueblos. Los normandos atribuían al libro un poder milagroso; los árabes los embellecían merced al arte de sus hábiles calígrafos, y refiriéndose a la sabiduría, opinaban que el día de un sabio vale más que la vida entera de un necio.

Es imprescindible que el libro de las bibliotecas populares sea bueno por dentro y hermoso y atrayente por fuera, puesto que no se discute que la incitación a leer nace en gran parte por el aspecto material del libro, aspecto este que contribuye a cultivar la sensibilidad por medio de la belleza.

Son implícitos los conceptos de civilización y bibliotecas, en virtud de que sólo los pueblos salvajes se transmiten su historia, sus conocimientos y sus costumbres mediante tradición oral. A partir del Renacimiento, casi la totalidad de la cultura tiene por base el libro, y se considera como un ser inferior al que no sabe leer.

Demos a los hombres la afición a la lectura y los medios de satisfacerla y haremos de ellos seres congraciados con la vida en su amor a la libertad. Quienes no leen son sojuzgados por los demás: viven en la medianía del vulgo. Pero quien lee como se debe leer, no arrastra forzosamente su pensamiento por las huellas de los demás, puesto que puede elevarse a la categoría de las ideas universales. El lector fervoroso vive la hora de la belleza, el delicado instante del descubrimiento intelectual, de confrontación y de análisis; ensancha con esta actividad, los ilimitados contornos de la cultura.

Se cuenta que Herder y Schiller quisieron hacerse cirujanos en su juventud; pero el destino desvió sus propósitos. Alguien les advirtió que existen males más graves que los del cuerpo y se dedicaron por la carrera de las letras; con ellas curaron muchas enfermedades del espíritu de sus semejantes.

Una sabia frase popular dice: "Habla como un libro", refiriéndose a quien se expresa con propiedad y corrección. Esta sentencia, surgida de la entraña misma del pueblo, proclama las excelencias de los libros, paladines de la cultura y bienhechores de la humanidad.

Alberto RUSCONI

(Especial para EL DIA)



Dijo el poeta: "Ningún ejército más poderoso que una fila de jóvenes armados de libros".



El personal de la Inspección y Contralor de Transportes del M.O.P. despidió en emotiva ceremonia a su ex Director, ingeniero don Enrique G. Segundo, quien se jubiló después de cuarenta y ocho años de servicios.

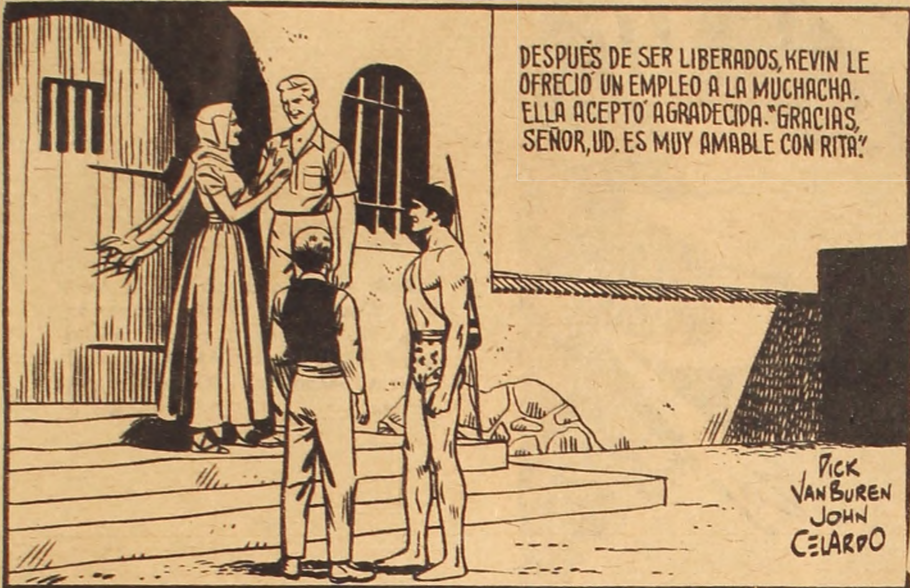
Tarzan®

por EDGAR RICE BURROUGHS

EL HOMBRE-MONO ACABABA DE OBLIGAR A GÓMEZ A CUMPLIR SU PROMESA DE DEJAR EN LIBERTAD A KEVIN DOYLE Y A LA MUCHACHA.













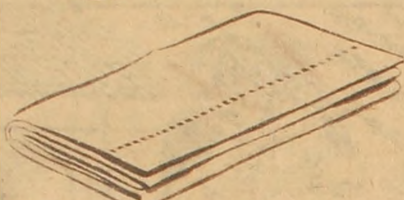




OFERTAS ESPECIALES DE NUESTRA

GRAN VENTA BLANCA





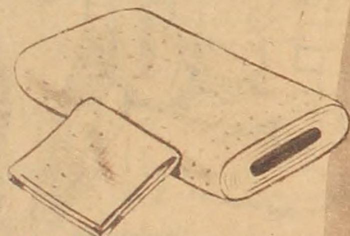
SABANAS: Vainilladas "Nora". Tejido fino y muy resistente. Para 2 plazas, ancho 2.20, c/u $ 18.50. Para 2 plazas, ancho 2.00, c/u $ 16.50. Para 1 plaza, ancho 1.60, **$ 13.50**



FUNDAS: Vainilladas "Nora". Para 2 plazas $ 4.80, para 1 plaza **$ 2.80**



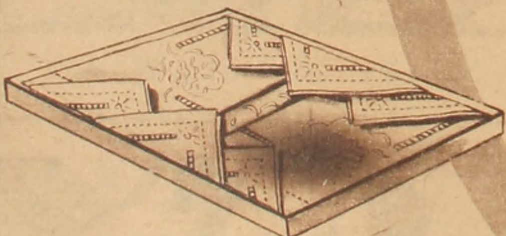
GRANITE: Blanco y de color para manteles, recomendable calidad. Ancho mt. 1.60, el mt. **$ 4.80**



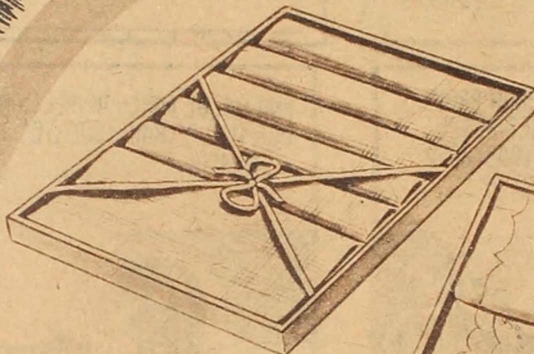
ALEMANESCO de algodón blanco, diseño pointillé. Ancho mts. 1.60, el mt. $ 6.50. Servilletas haciendo juego. Medida: 0.60 x 0.60 c/u **$ 1.85**



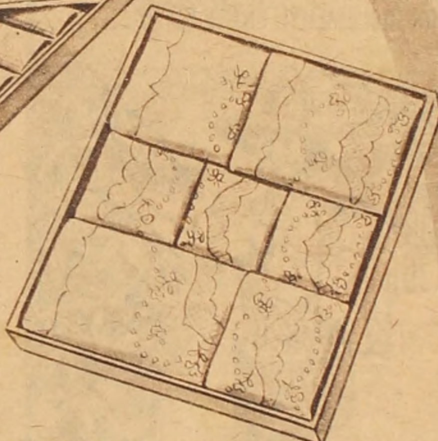
TELA de puro hilo, procedencia italiana. Ancho mts. 2.40, el mt. $ 28.00. Ancho mts. 1.80, el mt. **$ 22.00**



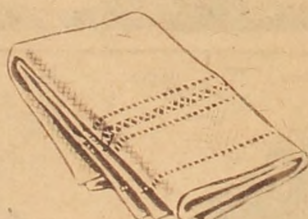
JUEGOS DE MANTEL: Para mesa en granite blanco bordado y deshilado. Medida: 1.50 x 2.00 con 6 servilletas, el jgo. **$ 35.00**



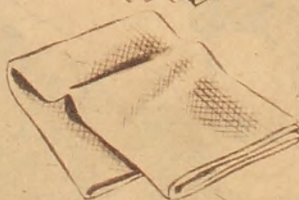
JUEGOS DE MANTEL: Alemanesco blanco, medida: 1.60 x 2.50 con 12 servilletas, el jgo. $ 43.00, 1.60 x 2.00 con 6 servilletas, el jgo. $ 27.00, 1.60 x 1.60 con 6 servilletas, el jgo. **$ 24.00**



JUEGOS DE CAMA: En toile de menage inglés, superior calidad, esmerados bordados en blanco. Para 2 plazas, c/u **$ 65.00**



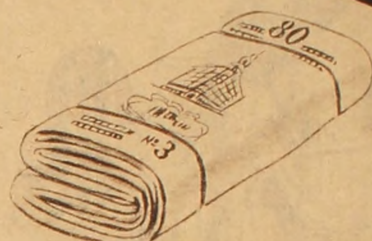
TOALLAS de puro hilo: Diseño ojo de perdiz, vainilladas y deshiladas, c/u **$ 8.50**



TOALLAS blancas ojo de perdiz: Extraordinaria calidad, tamaño amplio, c/u **$ 1.80**

COLCHAS: en reps de seda blanco y color, terminación con fleco retorcido. Para 2 plazas, c/u **$ 45.00**





CREA: De nuestra acreditada marca "Casa Soler Nº3", piezas de mts. 18.30. Para 2 plazas, ancho mt. 2.20, la pieza $ 110.00, para 2 plazas, ancho mt. 2.00, la pieza **$ 100.00**



TOILE DE MENAGE: Calidad superior, ancho mt. 2.40, en piezas de mts. 18.30, la pieza **$ 170.00**



CREA PARA FUNDAS: Tejido de gran duración, ancho 0.90. En piezas de mts. 18.30, la pieza **$ 58.00**

★

CX16 RADIO CARVE: Durante el mes de enero, todos los lunes y viernes a las 21.30 **JUAN D'ARIENZO** y su orquesta típica presentado por **CASA SOLER.**

CASA SOLER EN SAETA T.V. Presenta el Show de las 3 Avenidas todos los jueves a las 20 y 15 con Panchito Nole y sus Swing Stars.

CLIENTES DEL INTERIOR: Dirijan vuestros pedidos a nuestra CASA MATRIZ Av. Agraciada 2302 y M. Sosa.

★



Casa Soler

SOLER HNOS. S.A.

CASA MATRIZ Avda. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES Avda. Gral. Flores 2341
TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON Avda. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11